

El perrito del barrio

En un barrio soleado de Girona, donde los balcones se llenaban de geranios rojos y el aroma del pan recién hecho se mezclaba con el canto de los pájaros, vivía un perrito de pelo marrón y orejas caídas que todo el mundo conocía como Caneló. No tenía dueño, pero sí un corazón inmenso lleno de amor por dar.

Caneló deambulaba por las calles empedradas buscando un rincón donde guarecerse. Por las mañanas, acompañaba a los niños hasta la escuela del barrio, moviendo la cola como una bandera de paz. Por las tardes, se tumbaba a la sombra del quiosco de Ramon, que a veces le daba un pedacito de su bocadillo de jamón dulce. Las noches eran el peor momento, cuando el frío le hacía temblar debajo de los bancos de la plaça del Vi.

Una tarde de otoño, mientras las hojas secas danzaban por el aire, Caneló escuchó una carcajada que sonaba como campanillas. Era Llúcia, una niña de pelo rizado y ojos brillantes como estrellas, que jugaba con su pelota roja cerca de la fuente.

—Hola, perrito —dijo Llúcia agachándose hasta que le tuvo a la altura de los ojos—. ¿Quieres jugar conmigo?

Caneló, aunque algo tímido, se acercó moviendo la cola. Llúcia vio que le temblaban las patitas y que tenía una pequeña herida en una oreja. Sin pensárselo, corrió hacia su abuela Marta, que hacía ganchillo sentada en un banco de piedra.

—Abuela, mira a este perrito… ¡Está solo y necesita ayuda!

La abuela Marta, con la sabiduría que dan los años, miró a Caneló con ternura. Esa misma tarde, toda la familia se puso en marcha:

El padre, Jordi, le construyó una casita de madera con mantas bien abrigadas.

Mamá, Laia, le preparó un platillo especial de caldo sin cebolla.

El abuelo Josep le llevó al veterinario con su viejo coche de color azul marino.

Llúcia le enseñó a dar la pata y a perseguir pompas de jabón.

Días más tarde, cuando Caneló ya llevaba un collar nuevo con una chapa que decía «Caneló – Familia Soler», sucedió algo bonito. Ramon del quiosco, al ver el cambio del perrito, decidió adoptar una gatita que también vivía en la calle. La panadera de la calle Nou empezó a dejar cuencos de agua fresca en la acera. Incluso los niños del barrio organizaron una recogida para ayudar a otros animales abandonados.

Y así, entre juegos en la plaça dels Apòstols, paseos al atardecer por el Parque de la Devesa y siestas junto a Llúcia mientras hacía los deberes, Caneló descubrió que a veces los milagros llegan con cuatro patas, que la bondad es contagiosa como una sonrisa y que en este mundo todo el mundo se merece una familia que lo espere con amor.